

Gabriela en la Estación

Mario Córdova



El compositor Sebastián Errázuriz viene saliendo de una semana absolutamente acontecida, anotándose un récord pocas veces (o nunca) alcanzado ni por él ni por otro colega chileno. Un lunes estrenó una obra en Santiago y, a mil kilómetros (Frutillar), el jueves siguiente reestrenó otra, renovada en lo escénico.

Lo primero fue en el marco del "Concierto por la Hermandad" organizado por Vibra Clásica, celebrado en la Estación Mapocho ante un público de 5.000 personas con entrada gratuita. Como lo ha destacado este columnista en anteriores comentarios sobre este magno evento que ya anota media docena de versiones muy exitosas, su realización merece calificarse de milagrosa. Ello porque la interpretación, siempre a lo grande, no la integran cuerpos estables de institución alguna; la robusta orquesta y coro participantes son la respuesta a una convocatoria ciudadana. Por el gigantesco esfuerzo nadie cobra un peso. A diferencia de años anteriores en que se fue ofreciendo una sucesión de hits del repertorio sinfónico-coral,



esta vez la organización se la jugó con audacia: apostó por presentar un estreno mundial del mismo ámbito. Para tal efecto se comisionó a Errázuriz una obra inspirada en el legado de Gabriela Mistral, teniendo como resultado "Raíces y alas", obra de enorme calado en cinco partes para

una gran masa orquestal y coral, con voces adultas e infantiles, una mezosoprano solista (Javiera Barrios) y una narradora (Paulina García). La dirección general fue de Alejandra Urrutia.

No resulta fácil encasillar lo presentado, pues tiene de sinfonía y cantata,

con la desconcertante inclusión de una cuarta sección muy extensa (10 minutos) sin música, en que la narradora avanzó lentamente por el largo pasillo central declamando una carta de la Mistral.

Ajeno a su poesía, ese documento es un verdadero manifiesto, bastante combativo, que aboga por la defensa y valoración de los derechos de la infancia, marcando con fuerza el resto de los otros textos cantados de la obra. Así, en "Raíces y alas" aquellos piececitos de niños lanzan recados y claman justicia, develando la no tan conocida faceta activista de la célebre poetisa.

Bajo la notable conducción de Urrutia la creación de Sebastián Errázuriz se mostró muy sólida en su trabajo de fusionar las voces adultas e infantiles con el recurso instrumental. Excelentes fueron la sección puramente orquestal ("Desolación") y el gran final ("El verdadero gozo de la vida"), con el agregado de sororas palmas de los coros. Los guiños al folclore nortino pusieron el atractivo toque chileno a una música muy bien orquestada.